

Alazne Florido de Cruz
2 Bachillerato A
Humanitas Bilingual School, Torrejón de Ardoz

EL OCASO DE LA GLORIA

El asfixiante aire cálido de un Egipto que solo quedaba para recordar su vieja gloria se colaba por cada rincón de una alcoba cubierta en sedas, bronce y lapislázuli. Allí, sublime y sin un ápice de pavor, se veían en los oscuros ojos de Cleopatra los recuerdos de su implacable gobierno.

Alejandría había caído, Octavio había derrotado a su flota y ya no quedaba más que la estela de una esperanza perdida. Marco Antonio había sucumbido también y el tiempo parecía escurrírsele de las manos como arena del desierto.

La habitación estaba desierta, silenciosa, para dejar hueco a la respiración de la reina. Cerró los ojos y dejó que su mente la transportase a su tan amado Egipto en tiempos de gloria, cuando el sol era más brillante y el Nilo parecía resplandecer como el oro. Una imagen de su hermano, Ptolomeo, apareció de repente, y aunque era más joven que ella, Cleopatra siempre pensó que tenía una madurez excepcional.

Un día le había dicho que ella era feroz, que nunca se dejaba ganar ¿pero acaso no era esto ahora cosa del pasado? ¿Acaso por mantener ese carácter no había perdido todo cuanto amaba?.

Amar, el pronunciamiento de ese verbo como un susurro de los juncos la trasladó veloz a otro recuerdo, esta vez a Marco Antonio, cuya presencia aún seguía en su mente. Su nombre, antes una nota de felicidad, ahora un martirio, la llevó a sentir los restos de un amor puro, de esos que se recuerdan hasta el final. Juntos se habían arrastrado hasta la guerra, habían llevado a un país a la perdición y habían sellado un final trágico para ambos. Cleopatra se preguntaba si había merecido la pena, aunque ella ya conocía esa respuesta. Siempre fue de las de arriesgarse, de sentir mucho y arrepentirse, “mejor tomar una decisión errónea que no tomar una nunca” se decía. Quizá si no hubiese sucumbido al deseo todo sería distinto, pero de nada servía lamentarse.

Ya cuando caía el sol y el crepúsculo bañaba su rostro, la figura de su madre brotó como un último pensamiento. Siempre la advirtió acerca de los hombres poderosos, de su maldad y su avaricia, que no hacía más que aumentar cuando sus ojos se posaban en una mujer. Cleopatra siempre usó esto en su favor, tal como ocurrió con Julio César. Quizá su madre hubiese pensado en ella como una decepción, pero lamentarse por la opinión de un alma fallecida era malgastar el tiempo, aunque la soberana había aprendido con el tiempo que las ideas de los muertos hacen más hincapié que los de aquellos aún con vida.

Apartó este pensamiento y volvió al ahora, al caos. Octavio pretendía exponerla como un trofeo en Roma, exhibirla como una prisionera exótica y regodearse de su derrota. Como reina de Egipto sabía que no podía permitirlo.

Se levantó despacio, sin hacer un ruido, y aunque las lágrimas brotaban de sus ojos por dejar atrás todo aquello que amaba, su pulso impasible abrió con delicadeza una cesta trenzada que yacía en

una esquina de la alcoba. Dentro, un áspid venenoso que garantizaba una muerte rápida, pero más importante, digna para una reina. El sol ya había descendido hacía tiempo, y la luz de la luna bañaba un horizonte cubierto de estrellas.

Tenía miedo, pero prefería el temor a doblarse.

Con un suspiro profundo, tomó el animal entre sus manos. El áspid, fiel sirviente, hincó sus colmillos en la piel de ébano. Mientras el dolor y el veneno recorrían cada ápice de su cuerpo el amor volvió como último pensamiento, no hacia nadie, si no hacia su vida, su Egipto, su pueblo y el legado que dejaba como reina. Al final fue el amor lo que permaneció.

Cayó al suelo con un rostro sereno, y la figura de la soberana yacía inmóvil en el suelo de piedra. El peso de sus decisiones la abandonó por fin dejándola libre como el agua que corría por el Nilo. Cleopatra VII abandonó para siempre el mundo de los vivos para convertirse en un mito, la última faraona.